



Aparecida

Dos horizontes
y convergencias de fondo

Pedro Trigo, s.j.*

OBJETIVO

El objetivo de la quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano es “repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales” (11). La necesidad de este relanzamiento deriva obviamente de la novedad de la época, que exige evangelizarla e inculturar el Evangelio en ella. Por eso el documento dedicará muchas páginas a su caracterización como oportunidad y riesgo para la vida humana y la calidad humana de esta vida y más particularmente para la fe cristiana. Pero para los obispos es imprescindible también una nueva evangelización fundante por la situación del catolicismo en nuestra región. En efecto, el documento reconoce que en la vida cotidiana de la Iglesia “aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad”. Por eso es imprescindible un “acontecimiento fundante”, que está ligado a un “encuentro vivificante con Cristo” (13). Este acontecimiento incumbe de un modo u otro a todos los católicos: “A todos nos toca recomenzar desde Cristo, reconociendo que no se comienza a ser cristiano por



Así pues, el encuentro con Jesús no puede concebirse como estarse devotamente con él (en eso consiste el pietismo) sino como el seguimiento de su misión con su mismo Espíritu (129-153).

una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (12). Por eso la revitalización del catolicismo “no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos que encarnen dicha tradición y novedad, como discípulos de Jesucristo y misioneros de su Reino” (11).

Desde este objetivo, el documento reclama que ha sido escrito en continuidad con las anteriores Conferencias Generales (9,16,369,396,402,446,526), ya que ellas también se plantearon el mismo objetivo de actualizar el Evangelio en sus propias circunstancias para contribuir a que los pueblos latinoamericanos tengan vida humana según la humanidad de Jesucristo.

Como se echa de ver, es un objetivo, no sólo de gran envergadura sino absolutamente necesario. Al manifestar nuestra complacencia, queremos señalar la importancia decisiva de ligar el encuentro fundante con Jesús de Nazaret con la entrega a su Reino o por mejor decir al reino de Dios, que fue el objetivo de su vida. Una entrega a Jesús que prescinda de la tarea del Reino no es entrega a él sino a un Cristo que nos inventamos, ya que él rechazó la propuesta de Pedro de quedarse contemplándolo en el Tabor (Mc 9,5-8) o la de la Magdalena de quedarse en la intimidad gozando de su persona resucitada (Jn 20,16-18) y los envió a proseguir la misión que el Padre le había encomendado (Jn

20,21). Así pues, el encuentro con Jesús no puede concebirse como estarse devotamente con él (en eso consiste el pietismo) sino como el seguimiento de su misión con su mismo Espíritu (129-153).

A los pietistas de hoy hay que recordarles que Jesús no está aquí (Mc 16,6), que se lo han llevado al cielo (Hch 1,11), que, como lo vivió intensamente la Iglesia primitiva y todos los santos, éste es el tiempo de la espera y el encargo (Mt 25), de vivir en vela (Mc 13,37) y caminar hacia él (Filp 3,8-21).

La referencia estructural de Jesús al reino de Dios está fundada en el misterio de la Encarnación: si el Hijo de Dios se ha hecho historia, no ha sido para salvar de este mundo a los elegidos sino para salvar desde dentro y desde abajo este mundo, es decir a toda la humanidad y a la creación.

MÉTODO

Si encontrarse con Jesús implica proseguir su misión, que no se realiza en el ámbito estanco de la religión sino en la historia humana, el método para averiguar cómo tenemos que ser hoy discípulos de Jesús y misioneros de su reino no puede partir de principios abstractos para deducir de ellos las acciones pertinentes. Tiene que partir de la mirada creyente sobre la realidad para ver en ella el paso de Dios y lo que se opone al mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios, es decir al Reino, que vino a instaurar Jesús. Tiene, pues, que empezar, como ya Jesús pidió a su generación, auscultando los signos de los tiempos: “Los pueblos de América Latina y de El Caribe viven hoy una realidad marcada por grandes cambios que afectan profundamente sus vidas. Como discípulos de Jesucristo, nos sentimos interpelados a discernir los “signos de los tiempos”, a la luz del Espíritu Santo, para ponernos al servicio del Reino, anunciado por Jesús, que vino para que todos tengan vida y “para que la tengan en plenitud” (Jn 10, 10) (33; cf 366).

Desde esta opción teológica viene la decisión metodológica: “En continuidad con las anteriores Conferencias Generales del Epis-



CDicho en clave cristológica, si el objetivo es encontrar con Jesús en orden a la misión, para hacer el equivalente de lo que él hizo en su situación, que eso es seguirlo (cf 139), no sólo es preciso conocer su modo de habérselas con su realidad sino también nuestra realidad.

omo se tocan muchísimos temas, algunos están bastante desarrollados y a veces los desarrollos son muy inspiradores; otros son meros apuntes.

copado Latinoamericano, este documento hace uso del método ver, juzgar y actuar (...) Muchas voces, venidas de todo el Continente, ofrecieron aportes y sugerencias en tal sentido, afirmando que este método ha colaborado a vivir más intensamente nuestra vocación y misión en la Iglesia: ha enriquecido el trabajo teológico y pastoral, y, en general, ha motivado a asumir nuestras responsabilidades ante las situaciones concretas de nuestro continente. Este método nos permite articular, de modo sistemático, la perspectiva creyente de ver la realidad; la asunción de criterios que provienen de la fe y de la razón para su discernimiento y valoración con sentido crítico; y, en consecuencia, la proyección del actuar como discípulos misioneros de Jesucristo” (19).

El método va encaminado y motiva a asumir nuestras responsabilidades en la situación concreta de la región, porque el Reino se siembra ya en esta historia, aunque fructifique en la morada definitiva de Dios y la humanidad. Esto significa que la realidad no es sólo el marco en el que opera la Iglesia sino lo que ha de ser salvado desde dentro. Así pues, el ver no puede entenderse como dibujar el escenario que nos circunda y poner de relieve lo que ayuda o dificulta a la acción de la Iglesia sino caracterizar con la mayor precisión posible aquello en lo que estamos implicados y que nos afecta, que queremos discernir para llegar a vivirlo como Dios quiere. Dicho en clave cristológica, si el objetivo es encontrarnos con Jesús en orden a la misión, para hacer el equivalente de lo que él hizo en su situación, que eso es seguirlo (cf 139), no sólo es preciso conocer su modo de habérselas con su realidad sino también nuestra realidad.

TEMA Y SUJETO

El documento gira alrededor de la vida y el sujeto al que se refiere es el colectivo de los discípulos misioneros: la primera parte se titula *La vida de nuestros pueblos hoy* y se propone como la mirada de los discípulos misioneros sobre la realidad; la segunda, *La vida de Jesucristo en los discípulos misioneros*, desarrolla su vocación a la santidad, su comunión en la Iglesia y su itinerario formativo; y la tercera, *La vida de Jesucristo para nuestros pueblos*, se refiere a su misión al servicio de la vida, la promoción de la dignidad humana, sobre todo de los pobres, de los que sufren y particularmente de la familia y sus miembros de diferentes edades y responsabilidades, y concluye con la evangelización de la cultura. Como se tocan muchísimos temas, algunos están bastante desarrollados

y a veces los desarrollos son muy inspiradores; otros son meros apuntes.

Que el tema sea la vida parece bastante acertado ya que en América Latina la vida está amenazada, agredida y vilipendiada de múltiples modos, y por otra parte existe en nuestra región un anhelo inapagable de vida realmente humana, y además para eso vino Jesús al mundo: para que tuviéramos vida, incluso para darnos vida con su vida (347-364).

Que el sujeto del que trata el documento sea el discípulo misionero también parece muy pertinente porque sólo si los cristianos latinoamericanos nos convertimos en verdaderos discípulos suyos, asumiremos su misma misión, prosiguiendo su historia. Si no, seguiremos formando parte del problema y no de la solución. Así lo reconoce el documento con gran realismo: “Si muchas de las estructuras actuales generan pobreza, en parte se ha debido a la falta de fidelidad a sus compromisos evangélicos de muchos cristianos con especiales responsabilidades políticas, económicas y culturales” (501).

También es un acierto no separar la identidad de discípulo de la de misionero porque Jesús eligió discípulos para que participaran de su misión; si los tuvo a su lado, fue para que en la convivencia se impregnaran por conaturalidad (cf 336) de su mentalidad, sus actitudes y su modo de relacionarse y además para que esa comunidad fuera el embrión de ese mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios, que era el objetivo de su vida.

También queremos destacar como algo muy acertado el que proponga la misión, no como un operativo faraónico que se asimile al lanzamiento de los productos al mercado, sino como un acontecimiento “que tiene que pasar de persona a persona, de casa en casa, de comunidad a comunidad (...) sobre todo entre las casas de las periferias urbanas y del interior (...) buscando dialogar con todos en espíritu de comprensión y de delicada caridad” Y prosigue citando al Papa: “si las personas encontradas están en una situación de pobreza, es necesario ayudarlas, como hacían las primeras comunidades cristianas, practicando la solidaridad, para que se sientan amadas de verdad” (550). Como se ve, no se trata de proselitismo sino de amar concretamente, que es el modo de hacerle presente a Dios (1Jn 4,7-17) y de señalarse como discípulos de Jesús (Jn 13,35).

EL PROBLEMA DEL MÉTODO COMO SÍNTOMA

La primera parte del documento correspondería al ver la realidad del mundo y de la Iglesia, la tercera al actuar sobre ellas, y la segunda, que se refiere a la identidad del

discípulo misionero, se asimilaría al juzgar. Pero, como se ve por la enumeración que hemos hecho de sus apartados, el documento, aunque proclame solemnemente que sigue el método ver-juzgar-actuar, no lo sigue sino que se estructura como un desarrollo temático lineal, sobre todo en la parte segunda y tercera. En cada una de ellas desarrolla un tema con sus subtemas. En el modo de exponerlos comienza con el contenido doctrinal, luego hace algún apunte sobre cómo se realiza y pasa a explicar propuestas.

El que de hecho no siga el método de ver-juzgar-actuar no se debe a una resistencia consciente. La razón de fondo es que este método sólo tiene sentido en un determinado horizonte teológico, que es el de la realización de la salvación en la historia, de la que se deriva la necesidad de interpretar los signos de los tiempos, lo que requiere la inmersión creyente en la historia para ver por dónde pasa la acción del Espíritu y actuar de acuerdo con ella. Si el horizonte teológico, en cambio, postula que la salvación la realizó una sola persona y se participa de esa salvación en el culto, aunque luego esa nueva vida redunde en toda la existencia, la historia es sólo el lugar a donde se llevan los frutos de la redención, no el lugar donde ella acontece.

En el documento de Aparecida están presentes ambos horizontes: el de la salvación en la historia (que se fue fraguando en el Vaticano II y alcanza su madurez en la *Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el Mundo Actual* y luego se recibiría con creatividad fiel en Medellín y en lo más significativo de Puebla), que se expresa en formulaciones muy maduras en continuidad con la andadura de la Iglesia latinoamericana, y el horizonte de la teología de los misterios¹ y una versión un tanto fundamentalista de la teología kerigmática², que, como hemos dicho, estructura el documento, y conoce desarrollos bastante extensos. Hay además una serie de observaciones, conceptualizaciones y propuestas que suscriben ambos grupos, sobre todo la propuesta central de que en América Latina es preciso que los católicos nos encontremos con Jesús de Nazaret y que lo proclamemos y que prosigamos su misión, que gira alrededor de la vida, en todos sus niveles y manifestaciones, desde las condiciones materiales hasta la corresponsabilidad económica, social y política, y la fraternidad de los hijos de Dios. Aunque hay que hacer notar que, aunque todos las suscriben, no las interpretan de la misma manera.

Este compromiso a la hora de confeccionar el texto da como resultado una cierta incoherencia conceptual al entremezclarse reiteradamente ambos horizontes y también da

como resultado la dificultad de hacer señalamientos concretos, es decir la ausencia de profecía, ya que ese tipo de textos fueron sistemáticamente suprimidos por los que tenían el control final de la redacción. Porque, aunque pudiera parecer desde fuera algo paradójico, quienes promueven afirmaciones más pietistas y trascendentalizadas son los que viven más adaptados a este orden social.

Todos se remiten a Jesús de Nazaret, pero unos se restringen más a su misterio (por eso la abundancia de citas de Juan) y son proclives a lenguajes doxológicos, muy abundantes en este documento, ya que el contacto primario con Cristo es para ellos el culto; en tanto otros insisten en que el misterio de Jesús reluce en su historia (de ahí que se remitan a los sinópticos) y en ella hay que descubrir su sentido, y que, al proseguirla, se entra en comunión con él.

Ambos grupos valoran la misa y gustan de ella, pero los primeros la entienden como el encuentro fontal del que viven, y los segundos como la celebración vivificante y comprometedor del seguimiento en la vida.

El sentido de este señalamiento no es estigmatizar a uno de los grupos sino ayudar a la comprensión del documento que han producido ambos como un compromiso, y en definitiva ayudar a la comprensión de nuestra Iglesia Latinoamericana para situarnos conscientemente en ella según el don recibido.

EL REINO DE DIOS

Vamos a poner un ejemplo sintomático de esta doble inspiración. En el *Documento de participación*, de autoría exclusiva de la corriente que hemos llamado kerigmática fundamentalista y de teología de los misterios, se hablaba mucho de Jesús, pero no se mencionaba el Reino. Los que propugnan la salvación en la historia, hicieron notar esta anomalía, ya que, tal como lo muestran los evangelios, Jesús de Nazaret está completamente referido al Reino, en el que convergen Dios como Padre materno y la humanidad como hijos en el Hijo único y hermanos en el Hermano universal. Fueron tantas y tan razonadas las peticiones de que se abordara a Jesús en la perspectiva del Reino, que se intentó tomarlo en cuenta. Y, en efecto, en el documento que analizamos, aunque en muchos pasajes Jesús sigue desligado del Reino (no nos referimos sólo a la palabra sino a la realidad que vehicula), en otros sí aparece la referencia. Pero en ellos Reino tiene dos acepciones diversas, que corresponden a las dos teologías que mencionamos.

Si hijos de Dios son todos los que se dejan llevar por el Espíritu (Rm 8,14), todos los seres humanos pueden serlo. Eso es lo que significa que la Iglesia sea sacramento universal de salvación: ella ha recibido esta buena nueva que la sobrepasa, y se consagra a proclamarla y actuarla.

Tomemos un pasaje significativo de la primera: “Jesucristo es el Reino de Dios que procura desplegar toda su fuerza transformadora en nuestra Iglesia y en nuestras sociedades. En Él, Dios nos ha elegido para que seamos sus hijos con el mismo origen y destino, con la misma dignidad, con los mismos derechos y deberes vividos en el mandamiento supremo del amor. El Espíritu ha puesto este germen del Reino en nuestro Bautismo y lo hace crecer por la gracia de la conversión permanente gracias a la Palabra y los sacramentos” (382). En este texto la referencia de Jesús al Reino, como el que lo proclama y hace presente, se ha trasmutado en la identificación del Reino con su persona. Esto tiene dos consecuencias: la primera que el acontecimiento del reino es un acontecimiento intraeclesial, cuya puerta es el bautismo y cuyo alimento es la Palabra y los sacramentos, y la segunda que la misión consistirá en poner en contacto con Jesús, que es la salvación, para que se integren a la Iglesia, y por tanto en la salvación de la humanidad desde los que están en la Iglesia, entendida, pues, como la eclesialización de la humanidad, con lo que se recaería en el aserto, superado por el Vaticano II, de que fuera de la Iglesia no hay salvación. Como se ve, la regresión es muy grave.

Para la otra corriente Jesús es ciertamente interno al Reino, ya que en él y sólo en él somos hijos de Dios y hermanos de todos los seres humanos; pero esto significa que la referencia a Dios como hijos y a los seres humanos como hermanos forma parte esencial del Reino. Por tanto el Reino es Jesucristo,

pero no menos PapaDios y los seres humanos, y en ellos y en el propio Jesús, la creación. Además, como insiste sistemáticamente la *Gaudium et Spes* (10,2;15,4;22,5;22,6;26,4;37,4;38,1;39,3; 41,1;45,2), el Espíritu fue derramado en la Pascua sobre toda carne, como había predicho la profecía de Joel que cita Pedro en Pentecostés (Hch 2,16-17). Si hijos de Dios son todos los que se dejan llevar por el Espíritu (Rm 8,14), todos los seres humanos pueden serlo. Eso es lo que significa que la Iglesia sea sacramento universal de salvación: ella ha recibido esta buena nueva que la sobrepasa, y se consagra a proclamarla y actuarla.

CONTENIDOS MEDULARES

Proclamación de Jesús y Llamado a un Encuentro Transformador con Él, Fuente del Seguimiento:

Lo que más se repite a lo largo de todo el documento, de tal manera que constituye su mensaje, es que Jesús es el tesoro escondido que hemos encontrado y que la entrega a él nos da tanta alegría que la queremos compartir. El documento proclama a Jesús como el camino que conduce a la vida, como el paradigma absoluto de humanidad, como el que nos revela a la vez al Padre, a nosotros mismos y a los demás como hermanos, como el que vivió para nosotros y nos lleva en su corazón, como nuestro amigo, hermano, maestro y Señor. El documento insiste que ser cristiano es haberse encontrado personalmente con él y haberse entregado a él y vivir como enviado suyo.



Una pregunta muy pertinente que se plantea el documento es dónde encontrar a Jesús, porque, no lo olvidemos, el sepulcro vacío evidencia que Jesús no está en este mundo.

No nos resistimos a citar algunos textos representativos, inspirados no por el pietismo sino por la piedad de buena ley: “Jesús, el Buen Pastor, quiere comunicarnos su vida y ponerse al servicio de la vida” (353). “La vida nueva de Jesucristo toca al ser humano entero y desarrolla en plenitud la existencia humana ‘en su dimensión personal, familiar, social y cultural’. Para ello, hace falta entrar en un proceso de cambio que transfigure los variados aspectos de la propia vida. Sólo así, se hará posible percibir que Jesucristo es nuestro salvador en todos los sentidos de la palabra. Sólo así, manifestaremos que la vida en Cristo sana, fortalece y humaniza” (356). “El proyecto de Jesús es instaurar el Reino de su Padre (...). Se trata del Reino de la vida. Porque la propuesta de Jesucristo a nuestros pueblos, el contenido fundamental de esta misión, es la oferta de una vida plena para todos. Por eso, la doctrina, las normas, las orientaciones éticas, y toda la actividad misionera de la Iglesia, debe dejar transparentar esta atractiva oferta de una vida más digna, en Cristo, para cada hombre y para cada mujer de América Latina y de El Caribe” (361). “La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad (...) El Evangelio nos ayuda a descubrir que un cuidado enfermizo de la propia vida atenta contra la calidad humana y cristiana de esa misma vida. Se vive mucho mejor cuando tenemos libertad interior para darlo todo: ‘Quien aprecie su vida terrena, la perderá’ (Jn 12, 25). Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión” (360). “El discípulo experimenta que la vinculación íntima con Jesús en el grupo de los suyos es participación de la Vida salida de las entrañas del Padre, es formarse para asumir su mismo estilo de vida y sus mismas motivaciones (cf. Lc 6, 40b), correr su misma suerte y hacerse cargo de su misión de hacer nuevas todas las cosas” (131). “La respuesta a su llamada exige entrar en la dinámica del Buen Samaritano (cf. Lc 10, 29-37), que nos da el imperativo de hacernos prójimos, especialmente con el que sufre, y generar una sociedad sin excluidos, siguiendo la práctica de Jesús” (135). “En el seguimiento de Jesucristo, aprendemos y practicamos las bienaventuranzas del Reino, el estilo de vida del mismo Jesucristo: su amor y obediencia filial al Padre, su compasión entrañable ante el dolor humano, su cercanía a los pobres y a los pequeños, su fidelidad a la misión encomendada, su amor servicial hasta el don de su vida. Hoy contemplamos a Jesucristo tal como nos lo transmiten los Evangelios para conocer lo que Él hizo

y para discernir lo que nosotros debemos hacer en las actuales circunstancias” (139).

No hace falta decir lo oportuno que es esta concentración jesuánica en esta época, tan carente de lazos personalizadores ya que en la dirección dominante de esta figura histórica la relación que todo lo copa es con las mercancías. Además este tipo de relación tan tematizada con Jesús de Nazaret que nos propone el documento es una relación en cierto modo inédita en nuestra Iglesia, ya que la vida de Jesús era desconocida por casi todos los católicos que, al no leer los evangelios porque ni siquiera estaban editados en castellano, hasta hoy han sido más religiosos que cristianos, ya que sólo han tenido acceso a él por la vía ritual, que es del todo insuficiente.

Sin embargo no podemos menos que hacer notar que en el documento está ausente el problema crucial de preparar estas afirmaciones para que sean inteligibles y aceptables para quien nunca oyó hablar personalmente de Jesús, que es el caso de la mayoría de los latinoamericanos, ya que, como reconoce el documento, se ha interrumpido la trasmisión ambiental del cristianismo y en ella nunca estuvo presente la vida histórica de Jesús. El no tomar en cuenta las condiciones históricas de la proclamación y sus exigencias es un rasgo del fundamentalismo que anotábamos.

Lugares de Encuentro con Jesucristo:

Una pregunta muy pertinente que se plantea el documento es dónde encontrar a Jesús, porque, no lo olvidemos, el sepulcro vacío evidencia que Jesús no está en este mundo.

El documento se refiere abundante y sustanciosamente a la Palabra. Dice taxativamente: “Desconocer la Escritura es desconocer a Jesucristo y renunciar a anunciarlo”. Por eso proponen “educar al pueblo en la lectura y la meditación de la Palabra: que ella se convierta en su alimento para que, por propia experiencia, vea que las palabras de Jesús son espíritu y vida (cf. Jn 6,63). De lo contrario, ¿cómo van a anunciar un mensaje cuyo contenido y espíritu no conocen a fondo? Hemos de fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios” (247). “La oración personal y comunitaria es el lugar donde el discípulo, alimentado por la Palabra y la Eucaristía, cultiva una relación de profunda amistad con Jesucristo y procura asumir la voluntad del Padre. La oración diaria es un signo del primado de la gracia en el itinerario del discípulo misionero. Por eso, ‘es necesario aprender a orar, volviendo siempre de nuevo a aprender este arte de los labios del Maestro’” (255).

También se refiere a la comunidad: "Jesús está presente en medio de una comunidad viva en la fe y en el amor fraterno (...) Está en los que dan testimonio de lucha por la justicia, por la paz y por el bien común, algunas veces llegando a entregar la propia vida, en todos los acontecimientos de la vida de nuestros pueblos, que nos invitan a buscar un mundo más justo y más fraterno, en toda realidad humana, cuyos límites a veces nos duelen y agobian" (256).

El documento tiene además una referencia muy significativa a su presencia en los pobres: "En el reconocimiento de esta presencia y cercanía, y en la defensa de los derechos de los excluidos se juega la fidelidad de la Iglesia a Jesucristo. El encuentro con Jesucristo en los pobres es una dimensión constitutiva de nuestra fe en Jesucristo. De la contemplación de su rostro sufriente en ellos y del encuentro con Él en los afligidos y marginados, cuya inmensa dignidad Él mismo nos revela, surge nuestra opción por ellos. La misma adhesión a Jesucristo es la que nos hace amigos de los pobres y solidarios con su destino" (257).

El documento explana detalladamente cómo la religión del pueblo es un espacio privilegiado del encuentro con el Señor (258-265), y no podía ser menos ya que la mayoría de los pobres de la región a través de ella conservan su dignidad y viven una existencia fecunda. Como una concesión sintomática a quienes siguen pensando en el fondo en la minoridad del pueblo, el documento califica reductivamente a la religión del pueblo de piedad popular, por no reconocer que no se restringe al ámbito devocional sino que abarca, como señaló Puebla, tanto la idea de Dios, del ser humano, de la vida y de su destino, como las orientaciones éticas, la manera de orar, tanto individualmente como en grupo, el modo de entender y vivir lo sacramental y los aspectos organizativos y el liderazgo.

Finalmente el documento recalca su presencia en la Eucaristía. Es una insistencia que atraviesa como eje trasversal todas sus páginas: "La Eucaristía es el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo. Con este Sacramento, Jesús nos atrae hacia sí y nos hace entrar en su dinamismo hacia Dios y hacia el prójimo" (251).

Podemos decir que los pobres, las relaciones comunitarias, la escucha discipular de la Palabra y el compartir la Cena del Señor serían los sacramentos del Señor, en analogía con los de la Iglesia. Son, como podemos ver, presencias reales de Jesús en su ausencia real: como no está en él mismo, está en los pobres, entre los discípulos, en la Palabra y en el pan

y el vino. Por eso son los lugares por antonomasia del encuentro vivificador con él.

Sin embargo hay que reconocer que el documento no subraya que estas presencias reales son simbólicas y se dan por el hecho mayor de su ausencia. Tampoco se refiere a la relación mutua entre ellas. No aparece en el documento la existencia cristiana encaminada al encuentro definitivo con Jesús, que estos encuentros alimentan, ni por tanto la existencia actual como vivir en vela, tendidos a su encuentro y dedicados a cumplir su encargo con los talentos que nos dejó para que los negociáramos hasta su regreso. Esta falta de énfasis en aspectos tan medulares en el Nuevo Testamento es manifestación del pietismo, que mencionamos como una gran tentación en la que ha caído una parte bien significativa de la Iglesia Latinoamericana.

Una Iglesia de Comunión y Participación:

La segunda insistencia se deriva de la primera: en la medida que se dé en cada católico, empezando por los obispos y curas y acabando con los niños que se inician en vistas a recibir la primera comunión, un encuentro personalizador con Jesucristo, pasaremos de una Iglesia de masas en la que cada uno de los fieles va por su cuenta a recibir bienes y servicios religiosos y sociales que prestan los clérigos y sus colaboradores, es decir de una Iglesia clericalizada (que el documento denuncia), a una Iglesia personalizada de miembros todos activos, que se edifican cristianamente a través de relaciones mutuas, y que viven referidos a la trascendencia, es decir religados tanto a la comunidad divina como a todos los seres humanos, empezando por los pobres y los hermanos en la fe.

Esta dimensión está bien desarrollada en el documento: "Jesús, al inicio de su ministerio, elige a los doce para vivir en comunión con Él (...) Hoy, también el encuentro de los discípulos con Jesús en la intimidad es indispensable para alimentar la vida comunitaria y la actividad misionera" (154). "La vocación al discipulado misionero es con-vocación a la comunión en su Iglesia. No hay discipulado sin comunión. Ante la tentación, muy presente en la cultura actual, de ser cristianos sin Iglesia y las nuevas búsquedas espirituales individualistas, afirmamos (...) que una dimensión constitutiva del acontecimiento cristiano es la pertenencia a una comunidad concreta, en la que podamos vivir una experiencia permanente de discipulado y de comunión con los sucesores de los Apóstoles y con el Papa" (156). "La Iglesia crece no por proselitismo sino por 'atracción': como Cris-

Este texto magnífico, que habíamos esperado desde Puebla y que agradecemos, es el homenaje a los que han dado la vida en el servicio evangélico al pueblo. Han sido asesinados por promover y defender su dignidad, y con mucha justicia y penetración evangélica los obispos los llaman testigos de la fe, es decir mártires.

“Todo lo que tenga que ver con Cristo, tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo” (id).

to ‘atrae todo a sí’ con la fuerza de su amor. La Iglesia ‘atrae’ cuando vive en comunión, pues los discípulos de Jesús serán reconocidos si se aman los unos a los otros como Él nos amó (cf. Rm 12, 4-13; Jn 13, 34)” (159). “Cada bautizado, en efecto, es portador de dones que debe desarrollar en unidad y complementariedad con los de los otros, a fin de formar el único Cuerpo de Cristo, entregado para la vida del mundo. El reconocimiento práctico de la unidad orgánica y la diversidad de funciones asegurará mayor vitalidad misionera y será signo e instrumento de reconciliación y paz para nuestros pueblos. Cada comunidad está llamada a descubrir e integrar los talentos escondidos y silenciosos que el Espíritu regala a los fieles” (162).

Desde este desarrollo básico el documento explana los lugares de comunión para la misión: la parroquia como comunidad de comunidades, las comunidades eclesiales de base y otras pequeñas comunidades y las conferencias episcopales, y analiza a continuación cómo contribuyen a ella cada una de las vocaciones en la Iglesia.

Nuevamente tenemos que reconocer, sin embargo, que el documento casi no habla de por qué actualmente la Iglesia latinoamericana no tiene la figura de comunidades vivas sino de una institución en la que los sujetos son los clérigos y sus colaboradores, y los demás son usuarios asiduos o esporádicos; menos dice todavía qué medidas concretas hay que tomar para que se transite efectivamente a esa Iglesia en la que todos seamos sujetos y destinatarios de la acción recíproca como discípulos y condiscípulos.

Opción por los Pobres Excluidos:

Un elemento estructural que revela lo más entrañable del documento es el que tiene que ver con la opción por los pobres. Como el encuentro con Jesucristo, es también un eje transversal. En primer lugar asienta como hecho característico que “es uno de los rasgos que marca la fisonomía de la Iglesia latinoamericana y caribeña” (391). El apunte es cierto, si lo referimos a lo más significativo de nuestra Iglesia, que, aunque minoritario, es lo que le da el tono. Por eso pueden decir los obispos: “Su empeño a favor de los más pobres y su lucha por la dignidad de cada ser humano han ocasionado, en muchos casos, la persecución y aún la muerte de algunos de sus miembros, a los que consideramos testigos de la fe. Queremos recordar el testimonio valiente de nuestros santos y santas, y de quienes, aun sin haber sido canonizados, han vivido con radicalidad el evangelio y han ofrendado su vida por Cristo, por la Iglesia y por su pueblo” (98). Este texto magnífico,

que habíamos esperado desde Puebla y que agradecemos, es el homenaje a los que han dado la vida en el servicio evangélico al pueblo. Han sido asesinados por promover y defender su dignidad, y con mucha justicia y penetración evangélica los obispos los llaman testigos de la fe, es decir mártires.

El texto justifica la entraña evangélica de esta entrega a los pobres: Citando al Papa afirman: “la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza” (392). Prosigue: “Si esta opción está implícita en la fe cristológica, los cristianos, como discípulos y misioneros, estamos llamados a contemplar, en los rostros sufrientes de nuestros hermanos, el rostro de Cristo que nos llama a servirlo en ellos” (393). De este razonamiento se concluye una ley general que creemos que es la primera vez que se conceptualiza con tanta sencillez y penetración: “Todo lo que tenga que ver con Cristo, tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo” (id). De ahí se deduce algo que todavía suena casi a necedad, pero que dentro de poco revelará su pertinencia: “si no hay esperanza para los pobres, no la habrá para nadie, ni siquiera para los llamados ricos” (395). La consecuencia que sacan es “que se nos pide dedicar tiempo a los pobres (...) buscando, desde ellos, la transformación de su situación” (id). Pero para el documento no basta la amistad con los pobres y el “compartir horas, semanas o años de nuestra vida”. Incluso va más allá de la lucha imprescindible por que se realicen como sujetos de transformación de su situación (394).

El documento sobrepasa lo que lo hicieran las conferencias anteriores. Propone algo sumamente escandaloso: la utopía de la pobreza: “Los discípulos y misioneros de Cristo promueven una cultura del compartir en todos los niveles en contraposición de la cultura dominante de acumulación egoísta, asumiendo con seriedad la virtud de la pobreza como estilo de vida sobrio para ir al encuentro y ayudar a las necesidades de los hermanos que viven en la indigencia” (540). Los obispos se sienten estimulados en esta propuesta por los mismos pobres con espíritu: “Muchos de ellos golpeados, ignorados, despojados, no bajan los brazos. Con su religiosidad característica se aferran al inmenso amor que Dios les tiene y que les recuerda permanentemente su propia dignidad” (265) “y nos dan testimonio de fe, paciencia en el sufrimiento y constante lucha para seguir viviendo. ¡Cuántas veces los pobres y los que sufren realmente nos evangelizan!” (257)³.

El documento sobrepasa lo que lo hicieran las conferencias anteriores. Propone algo sumamente escandaloso: la utopía de la pobreza...

"frente a esta forma de globalización, sentimos un fuerte llamado para promover una globalización diferente que esté marcada por la solidaridad, por la justicia y por el respeto a los derechos humanos" (64)

Globalización Alternativa y Justicia Internacional:

Un cuarto elemento muy digno de tomarse en cuenta y que expresa la trascendencia de la asamblea es la captación, testimoniada en múltiples contextos, de que esta situación no sólo es radicalmente injusta porque oprime y excluye sino que vacía y deshumaniza a los que se entregan a su dinámica, y que por tanto hay que cambiarla (todos, con el aporte de la Iglesia y los cristianos) y que este empeño es contenido esencial de la evangelización. Esta insistencia se da sobre todo en textos breves referidos a problemas concretos que se llegan a percibir como aspectos de la situación estructural.

Después del análisis de la globalización, en el que además han insistido en la complejidad y la causalidad múltiple y la dificultad, por eso, de hacer juicios demasiado tajantes, expresan sin embargo: "frente a esta forma de globalización, sentimos un fuerte llamado para promover una globalización diferente que esté marcada por la solidaridad, por la justicia y por el respeto a los derechos humanos" (64). Frente a la dirección dominante de esta figura histórica, que con absoluta irresponsabilidad y presa de un egoísmo ciego que la vuelve insensible a la suerte de las futuras generaciones, se mantiene atendida sólo a incrementar y acelerar el circuito de la producción-consumo, el documento no duda en proponer un modelo alternativo: "Buscar un modelo de desarrollo alternativo, integral y solidario, basado en una ética que incluya la responsabilidad por una auténtica ecología natural y humana, que se fundamenta en el evangelio de la justicia, la solidaridad y el destino universal de los bienes, y que supere la lógica utilitarista e individualista, que no somete a criterios éticos los poderes económicos y tecnológicos" (474c). Esto requiere un cambio estructural: "Ser discípulos y misioneros de Jesucristo (...) requiere que socorramos las necesidades urgentes, al mismo tiempo que colaboremos con otros organismos o instituciones para organizar estructuras más justas en los ámbitos nacionales e internacionales. Urge crear estructuras que consoliden un orden social, económico y político en el que no haya inequidad y donde haya posibilidades para todos. Igualmente, se requieren nuevas estructuras que promuevan una auténtica convivencia humana, que impidan la prepotencia de algunos y faciliten el diálogo constructivo para los necesarios consensos sociales" (384).

Dando un paso más, el documento se lanza a hacer propuestas concretas, en primer lugar sobre el sujeto que ha de hacer posible ese nuevo ordenamiento, que no pue-

den ser sólo los políticos, y por eso señala a la sociedad civil: "Apoyar la participación de la sociedad civil para la reorientación y consiguiente rehabilitación ética de la política. Por ello, son muy importantes los espacios de participación de la sociedad civil para la vigencia de la democracia, una verdadera economía solidaria y un desarrollo integral, solidario y sustentable". En segundo lugar se refiere al necesario cambio de horizonte cultural para reintroducir en él la dimensión ética en aspectos muy concretos: "Formar en la ética cristiana que pone como desafío el logro del bien común, la creación de oportunidades para todos, la lucha contra la corrupción, la vigencia de los derechos laborales y sindicales; hay que colocar como prioridad la creación de oportunidades económicas para sectores de la población tradicionalmente marginados, como las mujeres y los jóvenes, desde el reconocimiento de su dignidad. Por ello, hay que trabajar por una cultura de la responsabilidad a todo nivel que involucre a personas, empresas, gobiernos y al mismo sistema internacional". Por fin se refiere a medidas políticas imprescindibles que sólo e derivan de esa orientación propuesta: "Trabajar por el bien común global es promover una justa regulación de la economía, finanzas y comercio mundial. Es urgente proseguir en el desendeudamiento externo para favorecer las inversiones en desarrollo y gasto social, prever regulaciones globales para prevenir y controlar los movimientos especulativos de capitales, para la promoción de un comercio justo y la disminución de las barreras proteccionistas de los poderosos, para asegurar precios adecuados de las materias primas que producen los países empobrecidos y normas justas para atraer y regular las inversiones y servicios, entre otros" (406). Pero además, para hacer históricamente viables todas estas medidas, los obispos insisten en la variable ética, relativamente independiente, que los cristianos debemos promover desde nuestras propias fuentes y con nuestro ejemplo: "Cuánta disciplina de integridad moral necesitamos, entendiéndolo por ella, en el sentido cristiano, el autodomínio para hacer el bien, para ser servidor de la verdad y del desarrollo de nuestras tareas sin dejarnos corromper por favores, intereses y ventajas. Se necesita mucha fuerza y mucha perseverancia para conservar la honestidad que debe surgir de una nueva educación que rompa el círculo vicioso de la corrupción imperante. Realmente necesitamos mucho esfuerzo para avanzar en la creación de una verdadera riqueza moral que nos permita prever nuestro propio futuro" (507).

Este texto fue intervenido por los que tuvieron el control último de la producción de la asamblea, rebajando drásticamente el tono y relativizando sus afirmaciones (178-180 en la versión definitiva).

Tendríamos que mencionar también muchas otras cuestiones tratadas muy significativamente, como la atención a la vida concreta, a la cotidianidad, a los diversos aspectos de la comunitariedad en la Iglesia y a las estructuras en orden a cultivar la vida cristiana y a la evangelización, a las comunidades eclesiales de base, cuyo tratamiento aprobado en la asamblea constituye un verdadero tratado y a la religión del pueblo.

Quisiera mencionar el tratamiento de las comunidades eclesiales de base porque es el más extenso que haya hecho cualquier otra Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y porque sigue la línea de Medellín y Puebla (193-195, en la versión original aprobada por la asamblea). Se explica cuándo surgen, qué son y qué papel han jugado en nuestra Iglesia. Para el documento son una pieza fundamental de la andadura mística y profética de la Iglesia Latinoamericana postconciliar. Por eso afirma que ha llegado la hora de su relanzamiento y que “ellas pueden ser un punto de partida válido para la Misión Continental permanente”. Este texto fue intervenido por los que tuvieron el control último de la producción de la asamblea, rebajando drásticamente el tono y relativizando sus afirmaciones (178-180 en la versión definitiva). Esta intervención es una triste evidencia de su fundamentalismo, ya que no les tembló el pulso a la hora de modificar el texto aprobado por la asamblea, irrespetándola y proclamando con su conducta que ellos y no ella tenían en verdad el Espíritu Santo, al contrario de lo que afirman en la conclusión (547).

Baste lo dicho para animar a la lectura meditada y comentada de este documento que debe servir de acicate para nuestra conversión en verdaderos discípulos de Jesús de Nazaret y continuadores de su misión.

* Miembro del Consejo de Redacción.

NOTAS

- 1 La teología de los misterios nació en ambientes monásticos en la segunda década del siglo pasado en Alemania y se fue expandiendo lentamente hasta ser aceptada y aplicada en numerosas parroquias en los años cincuenta, en vísperas del Concilio. Ella fue la inspiradora del documento preparatorio sobre liturgia del Concilio Vaticano II, que fue el primero que se aprobó y aplicó y el único que no elaboró el concilio, ya que los planteamientos de esta corriente eran tan superiores al formalismo jurídicista, tan frío y vacío, en que había parado la liturgia posttridentina y los cambios que había provocado en el modo de celebrar y vivir la liturgia eran tan promisoros, que los padres conciliares lo aprobaron sin estudiarlo a fondo, y por tanto sin percatarse de que en no pocos puntos la propuesta era heterogénea de la línea que prevaleció en el concilio y que se expresaría maduramente en la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual. La divergencia de fondo es que la teología de

los misterios sostiene que el encuentro con la divinidad, en nuestro caso fundamentalmente con Cristo, se da por la vía ritual, en la celebración, que acontece en un lugar y un tiempo santos. La vida sería para prepararse a vivir la celebración dignamente y para aplicar sus frutos. En cambio, para la línea prevalente del Vaticano II a Dios se lo encuentra en la vida en seguimiento de Jesús y bajo el impulso de su Espíritu, una vida encaminada a hacer de este mundo el mundo fraterno de los hijos de Dios. Esta vida se celebra en la liturgia.

- 2 La teología kerigmática, nacida también en ambientes germánicos, insistía acertadamente que el catolicismo se había desparramado en muchas direcciones y que, al absolutizar de hecho lo dogmático, lo ritual, disciplinar y moral, desplazó la centralidad de Jesucristo, de tal manera que, se podía ser cristiano practicante, sin haber tenido un encuentro personal fundante con Jesucristo. Por eso insistió en la necesidad de recuperar, tanto la proclamación de Jesús de Nazaret como el Hijo de Dios encarnado y resucitado por el Padre y constituido Señor de cielos y tierra, como la propedéutica para que sea aceptado y la persona se entregue a él y viva la vida en su seguimiento. Esta insistencia en sí es muy positiva y pertinente ya que sale al paso de una deficiencia real en nuestro catolicismo y se propone superarla. Pero a veces (y en el documento de Aparecida es muy patente) la proclamación se deshistoriza y así se reduce a la repetición machacona de textos neotestamentarios, sobre todo de Juan y Pablo. Por eso llamamos a esta versión fundamentalista. No se percató de que, si no se conceptualiza y explica con términos actuales equivalentes, los oyentes no perciben su significado y menos aún su sentido ni su trascendencia. Así estos enunciados, al no ser significativos, porque no se los entiende, acaban volviéndose, en contra de las intenciones de sus autores, en intrascendentes. Cuando cambia la situación histórica hay que volver a decir lo mismo de manera actual para que así quede realmente dicho. Pero no eso sólo basta: es preciso referirse a las condiciones de aceptabilidad de esos contenidos, que no se pueden dar por supuestas.
- 3 Concluido este análisis sobre Aparecida hemos podido leer el enjundioso y constructivo artículo de Gustavo Gutiérrez sobre la opción por los pobres en Aparecida. Esperamos hacerlo conocer en esta revista.